

1996

## La cultura del mestizaje: Venezuela en el umbral del siglo XXI

Alexis Marquez Rodriguez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Rodriguez, Alexis Marquez (Primavera-Otoño 1996) "La cultura del mestizaje: Venezuela en el umbral del siglo XXI," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 3.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/3>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## LA CULTURA DEL MESTIZAJE: VENEZUELA EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Alexis Márquez Rodríguez

### I

Venezuela nació el 3 de agosto de 1498. Dentro de tres años vamos a cumplir medio milenio de existencia. Esta afirmación suele molestar a algunas personas, nostálgicas de un *indigenismo* que, a decir verdad, en nuestro país nunca ha tenido mucho arraigo, y hasta podría decirse que es reciente. Desde ese punto de vista, respetable pero equivocado, nosotros *existíamos* antes de esa fecha, porque ya existían nuestros abuelos indígenas. Esta apreciación está equivocada. Cuando decimos que nosotros, los venezolanos, y en general los americanos, *no existíamos* antes del descubrimiento, no negamos ni desvalorizamos la importancia de nuestra raíz indígena. Pero es evidente que lo que hoy somos los americanos, y los venezolanos entre ellos, no es lo mismo que existía en nuestro territorio antes de la llegada de Colón y sus acompañantes, ni tampoco la prolongación en el tiempo de eso que entonces allí había. Antes de esa fecha también existían los españoles y los africanos, las otras dos raíces fundacionales de nuestra realidad étnica y cultural, cada una en su territorio de origen. Pero esas tres sangres y esas tres culturas aún no se habían mezclado, para dar nacimiento, en nuestro caso, a los venezolanos, exponentes de un doble *mestizaje*, de sangres y de culturas, que inicialmente se forma del cruce de esas tres raíces, pero con el tiempo se va complejizando y abigarrando mediante el agregado de otros ingredientes. Es ese *mestizaje* lo que nos da sentido y *especificidad*— concepto éste que preferimos al engañoso de *identidad* — a lo largo de estos quinientos años de historia y de simple acontecer cotidiano.

Lo mismo ocurre, en términos más amplios, en todo el Continente, en especial en la parte que comprende Centro y Suramérica, de México a la Patagonia, incluyendo las islas del Caribe. Este mar fue un verdadero crisol, donde se mezclaron los ingredientes de la gran fusión que dio origen a nuestra realidad de hoy. Fue un *mestizaje* muy peculiar, único en la historia, porque se trataba de tres corrientes étnicas — cada una con su doble contenido de sangre y de cultura — que por primera vez se reúnan y se entrecruzaban. Alejo Carpentier solía llamar la atención sobre el hecho de que, antes, también el Mediterráneo había sido un inmenso crisol de razas, pero allí se fundieron pueblos que eran hermanos o primos hermanos entre sí. En cambio, si bien los europeos, especialmente los españoles, ya desde los tiempos del Imperio Romano conocían la existencia de África y de los africanos, y éstos sabían de la de España y los españoles, ni los africanos ni los españoles conocían a los indígenas que habitaban de este lado del Atlántico, ni éstos sabían de Europa y de los europeos antes de juntarse por primera vez en el Caribe.

Tal desconocimiento puede que no haya sido absoluto, pues son cada vez más verosímiles las teorías acerca de un supuesto conocimiento de la existencia de nuestro continente por algunos europeos antes de la llegada de Colón. De éste mismo se ha especulado que algo sabía, y lo guardaba muy en secreto, sobre la existencia en este lado del océano de tierras habitadas por seres distintos de los conocidos hasta entonces, por lo que al lanzarse a la aventura del descubrimiento no habría ido tan a ciegas como suele creerse. Lo cual, por supuesto, no menguaría en nada la grandiosidad de su hazaña ni el enorme coraje demostrado al emprenderla.

Pero además de ser teorías que, no obstante su verosimilitud, siguen siendo un poco vagas e imprecisas, sería en todo caso un conocimiento muy limitado y superficial, y desde luego reducido apenas a algunas tierras cercanas al Polo Norte y a ciertas comarcas ribereñas del Golfo de México. El gran continente permanecía, pues, desconocido para los europeos y los africanos en general, y prácticamente para el resto del mundo, acaso con la excepción también de algunos pueblos de Oceanía, que supuestamente fueron los primeros pobladores de nuestro territorio continental, y se presume que mantuvieron contacto con estas tierras, navegando a la inversa de la ruta de los europeos.

## II

Muy temprano, a raíz del descubrimiento de América, se nos llamó el *Nuevo Mundo*, por oposición al *Viejo Mundo*, que sería, no sólo el de la antigüedad clásica, incluyendo las antiquísimas civilizaciones nacidas, desarrolladas y desaparecidas en la cuenca del Mediterráneo, tanto en la orilla de África y de Asia Menor, como en la de Europa y en las islas esparcidas entre ambas, sino también la Europa de la Edad Media y la del Renacimiento. Pero

este concepto de *nuevo mundo* estuvo equivocado en sus dimensiones iniciales. Lo que los europeos llamaron en un principio *Nuevo Mundo* no tenía nada de *nuevo*, pues las culturas y civilizaciones que ellos encuentran de este lado del Atlántico eran muy viejas, algunas tanto o más antiguas que muchas de las más antiguas de Europa, Asia y África. La *novedad* de nuestro mundo comienza, precisamente, con el descubrimiento y se desarrolla con la conquista y la colonia. Porque la *novedad de nuestra América*, como le gustaba decir a José Martí, reside en el *mestizaje*, es decir, en la resultante en suelo americano del cruce de españoles e indios, primero, y luego de indios y negros y de negros y españoles, mezcla que se va abigarrando a medida que se van ayuntando, no sólo hombres y mujeres de cada uno de esos grupos étnicos con los de otros, sino también los productos ya mestizos de esos ayuntamientos. Una verdadera *mélange* — es curioso que el vocablo francés sea más expresivo que los de nuestro idioma que significan más o menos lo mismo —, una enorme mescolanza que da origen a los más diversos tipos, cuya enumeración por don Simón Rodríguez, además de bastante completa resulta también humorística:

Dejemos la Francia y veamos la AMERICA. Estamos perplejos — y debemos estarlo: nuevos en la Carrera, y con tantos ejemplos a la vista — todos dignos de atención, tomamos, de cada uno, lo que nos parece mejor —. De la INGLATERRA tomamos la ARISTOCRACIA DE NACIMIENTO==. Hay, entre nosotros, ¡Familias Enteras! que en nada ceden a los Lores ni a las Ladies: de los ESTADOS UNIDOS tomamos la ARISTOCRACIA MERCANTIL==. Hay, entre nosotros, ¡negociantes! que no se rozarían con menestrales por todos los tesoros del mundo. De la FRANCIA tomamos la CLASE MEDIA. A esta, ¡llevamos muchas ventajas!, a más de la GENTUZA ocupada en oficios BAJOS. Tenemos huasos, chinos y bárbaros, gauchos, cholos y huachinangos, negros, prietos y gentiles, serranos, calentanos, indígenas, gente de color y de ruana, morenos, mulatos y zambos, blancos porfiados y patas amarillas, y una chusma de cruzados, tercerones, cuarterones, quinterones y saltatrás, que hace, como en botánica, una familia de CRIPTOGAMOS. Delante de esa gente, pueden la nobleza, el comercio y la clase media hablar de sus asuntos políticos en Araucano, en Pehuenche, en Quichua, en Aimará, en Guineo o en Ilascalteca, tan seguros del secreto como si hablaran en Vascuence<sup>1</sup>.

Aun antes de que se produjera el mestizaje biológico, con los primeros frutos del ayuntamiento carnal mixto, necesariamente de español con india, puesto que entre los acompañantes de Colón no venían mujeres, se produjo el *mestizaje cultural*<sup>2</sup>. Esto es explicable, porque el cruce de rasgos culturales entre gente de diferentes culturas, especialmente los relativos al lenguaje, es inmediato, casi desde el momento en que se entablan los contactos iniciales. Sabemos, por ejemplo, que el primer vocablo indígena que entra al Castellano escrito es la palabra *canoa*, que emplea el propio Colón en su diario, en la anotación correspondiente al 28 de octubre, es decir, apenas dieciséis días después de la llegada. Es de suponer que, si para ese momento escribe dicha

palabra, es porque ya la habían empleado, él y sus marinos, en el lenguaje oral. Así mismo podemos decir que la primera palabra autóctona, propia de los antepasados indígenas de los venezolanos específicamente, que se escribe en castellano fue *Paria*, el nombre que aquéllos daban al territorio donde Colón desembarcó por primera vez en tierra firme americana. El mismo Almirante deja constancia de ello, en su *Tercera Carta de Relación* a los Reyes Católicos: «...mandé levantar las anclas y corrí esta costa hasta el cabo de esta sierra, y allí a un río surgí y luego vino mucha gente, y me dijeron cómo llamaron a esta tierra *Paria* y que de allí más al Poniente era más poblado»<sup>3</sup>. En esta carta Colón emplea también, varias veces, la palabra *canoas*, lo mismo que *maíz*, que seguramente ya conocía desde antes. Ambos son vocablos indígenas de origen caribeño. Pero no figuran otros vocablos propios de nuestros abuelos aborígenes directos, sin duda porque Colón y sus acompañantes tuvieron muchas dificultades para entenderse con los indios que habitaban en nuestra Península de Paria. En la misma carta él se lamenta varias veces de ello, señalando cómo se le dificultó el contacto con aquellos indios por no tener *lenguas*, es decir, intérpretes y traductores, que así llamaban a éstos en aquellos tiempos.

Pero ya con la sola presencia de la palabra *Paria* en la carta de Colón, primer documento escrito en que se habla de lo que más tarde se llamó Venezuela, puede decirse que se inicia el proceso de *mestización cultural* que nos ha conducido hasta lo que hoy somos<sup>4</sup>. Más aún, a falta de esas palabras que allí escasean, está presente en este precioso documento nuestra realidad indígena, en unas pinceladas que, no obstante lo breves, son sumamente sugestivas por su fuerza descriptiva, y su valor como el primer retrato que tenemos de nuestros antepasados aborígenes. Allí se registran también algunas costumbres autóctonas, que aumentan su valor documental:

Esta gente, como ya dije, son todos de muy linda estatura, altos de cuerpo e de muy lindos gestos, los cabellos muy largos e llanos, y traen las cabezas atadas con unos pañuelos labrados, como ya dije, hermosos, que parecen de lejos de seda y almagres; otros traen ceñido más largo que se cobijan con él en lugar de pañetes, así hombres como mujeres. La color de esta gente es más blanca que otra que haya visto en las Indias; todos traían al pescuezo y a los brazos algo a la guisa de estas tierras, y muchos traían piezas de oro bajo colgado al pescuezo. Las canoas de ellos son muy grandes y de mejor hechura que no son estas otras y más livianas, y en el medio de cada una tienen un apartamiento como cámara, en que vi que andaban los principales con sus mujeres<sup>5</sup>.

En esta misma carta Colón declara su convencimiento de que en aquella comarca nuestra se hallaba el Paraíso Terrenal. Por ello la llamó *Tierra de Gracia*. Ya al final de la carta dice, en efecto, a los Reyes Católicos: «... en tierras que agora nuevamente he descubierto, en que tengo sentado en el ánimo que allí es el Paraíso Terrenal...»<sup>6</sup>, reiterándoles enfáticamente lo que unas líneas más arriba ya les había insinuado.

## III

Pero aún hay algo más sobre el *mestizaje* que se inicia en nuestro país con la llegada de los descubridores, que, como hemos dicho, abarca tanto el aspecto biológico o de sangre, como el cultural. Y es que nuestro *mestizaje*, el de Venezuela y el de todo el continente, es un *mestizaje de mestizajes*, pues cada uno de los elementos que entran en la mezcla eran ya de por sí mestizos. España, por una parte, fue desde la antigüedad una fusión de razas y culturas. Allí se entrecruzaron, desde los primitivos celtas e iberos que poblaron muy antiguamente la Península, hasta los árabes, pasando por los romanos y otros pueblos latinos, los godos, visigodos, ostrogodos, germanos, judíos y algunos más. Cada uno aportó su cuota de sangre y de cultura. El español que viene con Colón, y posteriormente, a la conquista y la colonia, es el heredero, ricamente mestizo, de toda esa mescolanza.

También los indígenas, que habitaban el continente desde mucho antes de la llegada de los europeos, eran igualmente mestizos, surgidos de diversas corrientes étnicas esparcidas por todo ese vasto territorio, que abarca la mitad de todo un hemisferio terrestre. Uno solo de esos pueblos, los caribes, a título de ejemplo, había realizado, desde varios siglos antes del descubrimiento, un proceso de fusión étnica, pues eran un inquieto pueblo de guerreros, con una arraigada vocación imperialista, que desde sus primitivos asentamientos en la ribera izquierda del Amazonas había emprendido una marcha hacia el norte, de conquista y exterminio de cuanto pueblo se atravesaba en su camino, al amparo de su terrible consigna, de neto corte fascista, *Ana Karina Rote*, es decir, «Sólo nosotros somos gente; los demás son nuestros esclavos». Al parecer, los caribes iban en busca del imperio de los mayas, de cuyo esplendor habían tenido alguna noticia, y hacia allá marchaban con ánimo de sojuzgarlo. Pero en esa marcha, que en su mayor parte ocurrió en nuestro territorio, habían ido entremezclándose con los pueblos que conquistaban, incluso en las islas del mar que de ellos tomó su nombre.

En cuanto a los africanos que vinieron a América y fueron la tercera raíz de nuestro mestizaje, eran también producto de mezclas y fusiones ocurridas durante siglos en su continente, amén de que los esclavos a quienes se trajo desde África procedían de diferentes etnias, y no de una sola, como pareciera darse a entender, equivocadamente, cuando se habla de *los africanos*, o de *la sangre africana* que se integró con españoles e indios para darnos origen.

Este *mestizaje* tan complejo es lo que ha hecho de nosotros, venezolanos y americanos en general, pueblos y culturas peculiares, traducida su peculiaridad en costumbres, lenguaje, formas de vida, prácticas religiosas, etc., diferentes a los de otros pueblos. Es decir, es ese *mestizaje* lo que nos ha dado una *especificidad*, frente a la *especificidad* de otros pueblos que habitan otros continentes. *Especificidad* que no supone inferioridad ni superioridad frente a esos otros pueblos, pues no se trata sino de distintas maneras *específicas* de

asumir la condición de seres humanos. Ha sido Simón Bolívar quien mejor ha descrito ese nuestro *mestizaje* y esa nuestra *especificidad*, en una frase altamente sugestiva, por lo sintética, lo hermosa y lo profundo del pensamiento que expresa, cuando en la «Carta de Jamaica» dijo: «... somos un pequeño género humano»<sup>7</sup>. Más tarde, en el «Discurso de Angostura», desarrolló y amplió reiteradamente esa idea, a la cual, además, le atribuyó «una importancia vital»:

Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena fue aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia<sup>8</sup>.

Esa gran diversidad de contenidos en cada una de las raíces de nuestro plurimestizaje, aunada a la variedad, también, de éstas, determina, pues, que nuestra cultura tenga como una de sus características primordiales el ser una cultura variopinta, de una vivacidad extraordinaria y, en cierto modo también una *cultura compendio*, una síntesis dinámica de las diversas corrientes culturales que han existido sobre la tierra. Eso que el Libertador resumió muy bien en la idea de un «pequeño género humano».

En efecto, por la raíz hispana nos vienen ingredientes culturales europeos, pero también asiáticos, procedentes de los elementos bárbaros y judíos que entran en la mezcla multiétnica del español, así como también africanos, a través de los árabes, que tanto aportan, igualmente, a la cultura española, y de los canarios, en cuyo mestizaje a su vez entran asimismo residuos africanos.

Por la raíz africana directa nos entran de igual modo diversos ingredientes de sangre y cultura, porque, como ya vimos, Africa no es asiento de una sola etnia, sino de muchas que se entremezclan, cuya variedad puede observarse en la diversidad, a veces verdadera contraposición, de tipos anatómicos que se dan en los numerosos pueblos que habitan ese continente, e incluso en lo variado de los rasgos fisonómicos y de color de la piel que hay entre unos y otros, que son evidentes, pero que para un extranjero pasan inadvertidos, a menos que tenga un ojo habituado a percibir tales diferencias.

Finalmente, por la raíz indígena nos llegan también diversas corrientes étnicas, no sólo por lo ya apuntado sobre la diversidad de pueblos que habitaban nuestro continente desde mucho antes del descubrimiento, sino también porque en la sangre aborigen hay, al parecer, importantes componentes asiáticos y oceaníficos, pues las más serias y confiables teorías e investigaciones acerca del poblamiento de América coinciden en señalar su origen en primitivas

migraciones, que habrían penetrado en nuestro territorio, tanto por el norte, a través del Estrecho de Behring, como por el sur y el oeste, navegando desde Australia y algunas islas del Pacífico.

#### IV

No obstante este carácter mestizo de nuestra cultura, punto de convergencia de corrientes culturales venidas de todos los puntos cardinales, o al menos de *oriente* y de *occidente*, los conquistadores españoles se propusieron *occidentalizarnos* a la fuerza, imponiéndonos, muchas veces a sangre y fuego, en primer lugar la lengua, además de usos y costumbres, religión, instituciones jurídicas y políticas, y hasta conceptos y valores éticos y estéticos.

Lo de la lengua era lógico e inevitable, y tuvo, además, el prodigioso efecto histórico de unificar nuestros pueblos en cuanto al principal medio de expresión y de comunicación, que es el idioma. Si hubiese necesidad de justificar la conquista de América por España — sin tener que olvidar ni que encubrir los horrendos crímenes y despojos, el genocidio, en suma, que, entre otras cosas, fue la conquista —, bastaría con señalar el invalorable legado que significó el idioma castellano, el único en el mundo que sirve de lengua común a una tal cantidad de pueblos diversos, desparramados en varios continentes. Pero, además, al margen de cualquier juicio de valor que nos merezca la conquista, el conquistador tenía que imponer su idioma, porque su necesidad de comunicarse cotidianamente con los pueblos conquistados era perentoria, independientemente de los fines y propósitos que lo motivasen, y de que éstos fuesen nobles o innobles. Además, la imposición del castellano como lengua común no tuvo que pasar necesariamente por la destrucción de los idiomas y dialectos indígenas, hasta el punto de que hoy aún subsisten muchos de ellos, si no todos, algunos incluso con un alto nivel de desarrollo. No puede decirse lo mismo de la religión y otras instituciones, que innecesariamente nos fueron impuestas a la fuerza, aniquilando de paso, de manera abusiva, las que aquí existían, incipientes, es verdad, muchas de ellas, pero otras con un elevado nivel de desarrollo, y en todo caso más consonas todas ellas con el espíritu mestizo que terminó por prevalecer, y con un alto potencial de evolución y adaptabilidad, dentro de los parámetros de ese mestizaje que pronto devino en rasgo específico y definitorio de nuestra cultura.

Un ejemplo elocuente de lo que significó esa imposición compulsiva de usos y costumbres europeos, de los conocidos como *occidentales*, por definición inadecuados a nuestras realidades concretas, lo tenemos en los hábitos gastronómicos que los españoles indujeron en los pueblos de América. A cambio de unos pocos, entre los muchos productos de la agricultura indígena que los españoles llevaron a Europa — la papa, el maíz, el tabaco, el cacao y algunos más —, nos indujeron a adoptar gran cantidad de productos del agro

europeo, aptos, y aun necesarios, para la alimentación de organismos nacidos y crecidos en climas muy distintos de los de la mayoría de nuestro continente, pero inadecuados para nosotros. Así, en vez de fomentar, arraigar y fortalecer la sobriedad de la dieta de los aborígenes, se les enseñó, y se nos dio como herencia, a comer mucho y a consumir principalmente alimentos grasos, impropios para organismos que habitan en climas tórridos.

Otro ejemplo lo hallamos en los hábitos relativos a la vestimenta. Los españoles también nos obligaron a vestimos a la europea, lo cual no tiene nada de malo, salvo que la mayoría de las veces se trata de prendas de vestir propias para climas benignos, no recomendables para los calores del trópico, que abarca más de la mitad del continente americano.

Debemos advertir que estas observaciones no son motivadas por una actitud personal, de rechazo a esos hábitos gastronómicos y de vestimenta. Es evidente que en ambos casos se trata de rasgos culturales postizos, que nos fueron impuestos en lugar de los que, por nuestra especificidad cultural mestiza y por las condiciones climáticas en que vivimos la mayoría de los americanos, debíamos haber adoptado, con las obvias diferencias regionales, según las costumbres y el clima de las distintas regiones. Pero confesamos que, no obstante, es muy grande el placer que nos producen la cocina española, con su enorme variedad de modalidades regionales, y algunas otras de Europa. E igualmente nos sentimos muy a gusto vestidos, formal o informalmente, a la usanza europea.

Hemos puesto sólo estos dos ejemplos, a pesar de que muchos podrán considerarlos algo frívolos o intrascendentes, primero, porque creemos que no lo son tanto, y segundo, porque aun admitiendo que puedan serlo, ilustran muy bien el carácter compulsivo que en materia cultural, como en muchas otras, tuvo la conquista de América por España. Cada quien, partiendo de esos dos sencillos ejemplos, podrá fácilmente inferir todo lo demás.

## V

Pero en muchos aspectos América supo desquitarse, y en cierto modo vengarse de España, por habernos impuesto a la fuerza ciertos rasgos culturales que, en determinada medida, van contra nuestra específica manera de asumir la condición de seres humanos. Veamos también de esto un par de elocuentes ejemplos. Con el idioma — quizás la única de esas imposiciones imperiales que debemos aplaudir, y no condenar —, iniciamos desde el primer momento — a partir de la palabra *canoa*, de naturaleza indígena, pero estampada en letras latinas por el propio Colón en su Diario —, el gigantesco proceso de *mestización*, de ese abigarrado sincretismo que nos ha traído hasta hoy. Y no olvidemos que *mestizarse* significa *diferenciarse* de cada uno de los elementos que se mezclan, sin romper con ninguno de ellos. El *castellano de América*, de que con gran

propiedad hablara, quizás por primera vez, nuestro Andrés Bello, desde la aparición por escrito de aquella discreta palabra se fue enriqueciendo cada día con vocablos y giros indígenas, muchos de los cuales han ido pasando al castellano de España, e ingresando a las doctas columnas del diccionario de la Real Academia. De ese modo, nuestro castellano se fue diferenciando del hablado en las diversas regiones de España, pero sin dejar de ser castellano, y sin dejar de servirnos de lengua común, que nos permite entendernos con los hispanohablantes de cualquier parte del mundo. Es más, sin dejar de tener como sus más conspicuos antecedentes a Gonzalo de Berceo, al Arcipreste de Hita, a Fernando de Rojas, a don Miguel de Cervantes, a Lope de Vega, a Calderón de la Barca, a Quevedo y un largo etcétera.

El otro ejemplo se refiere a los *conceptos estéticos* que igualmente España nos impuso. Desde siempre ha habido, en España y en todo el mundo, una especie de dicotomía estética, en el sentido de que coexisten en toda sociedad lo que pudiéramos llamar un *gusto oficial, ortodoxo*, y un *gusto discolo, heterodoxo*. La España del descubrimiento y la conquista de América, aunque todavía se hallaba en muchos aspectos aferrada a los cánones medievales, ya empezaba a respirar los aires refrescantes del Renacimiento. En materia de lenguaje comenzaba a imponerse un nuevo estilo, que ya venía rompiendo esquemas en el desparpajo de *La Celestina* y la *picaresca*, y luego se afianzaría con Cervantes y Lope de Vega, para derivar seguidamente hacia el Barroco gongorino y quevediano. El lenguaje que traen descubridores y conquistadores — idioma *oficial*, además de *imperial*, como expresamente lo señalara Nebrija, pero relajado en boca de marinos y soldados de ínfimo nivel cultural — ya hemos visto que muy pronto se contamina, y comienza a dar forma a un idioma nuevo, que sin dejar de ser el castellano de siempre y de todas partes, va adquiriendo una fisonomía propia. Este proceso lo define muy bien Octavio Paz cuando dice:

¿Existe una literatura hispanoamericana? Hasta fines del siglo pasado se dijo que nuestras letras eran una rama del tronco español. Nada más cierto, si se atiende al lenguaje. Mexicanos, argentinos, cubanos, chilenos — todos los hispanoamericanos — escribimos en castellano. Nuestra lengua no es diferente, en lo esencial, a la que escriben andaluces, castellanos, aragoneses o extremeños. [...] Pero una cosa es la lengua que hablan los hispanoamericanos y otra la literatura que escriben. La rama creció tanto que ya es tan grande como el tronco. En realidad, es otro árbol. Un árbol distinto, con hojas más verdes y jugos más amargos. Entre sus brazos anidan pájaros desconocidos en España<sup>9</sup>.

Pero el conquistador español se encuentra en América con algo que no fue percibido entonces, ni valorado como la novedad que en esencia era, ni aún hoy ha sido totalmente comprendido, y es que en el mundo aborigen de América ya existía el Barroco, antes de que en España hiciera su gran eclosión como estilo predominante del siglo XVII. Alejo Carpentier, que en esta materia es

autoridad de crédito ilimitado, ha llamado la atención sobre el carácter eminentemente barroco, no sólo del arte precolombino, especialmente el de los mayas, aztecas e incas — significativamente las culturas más avanzadas de la América prehispánica —, sino también de los usos y costumbres de esos pueblos. La pintura mural, la escultura, la arquitectura, los ritos religiosos — con sus peculiares maneras de practicar el sacrificio humano —, las costumbres gastronómicas y culinarias, los muebles domésticos, «Hasta el amor físico» precisa Carpentier, «se hace barroco en la encrespada obscenidad del guaco peruano»<sup>10</sup>; todo ello, en suma, testimonia la existencia, y aun, en ciertos casos, el predominio de un Barroco indígena mucho antes de la llegada de los españoles, y mucho antes, por tanto, de la vigorosa irrupción del Barroco español del XVII.

*Barroco de Indias, Barroco hispanoamericano, Neobarroco*, que de todas esas formas ha sido llamado, lo cierto es que en América florece un Barroco nuestro, que comparte elementos comunes con el Barroco español, y europeo en general, pero que al mismo tiempo posee rasgos definitorios propios, específicos, que lo identifican con nuestro Continente. Ese Barroco nuestro es un estilo esencialmente mestizo, formado a partir del primitivo Barroco aborigen, en simbiosis con los elementos que aportan, por una parte la cultura que viene con descubridores y conquistadores, y por otra la africana, sin olvidar, además, que en esa mestización que da origen al Barroco americano interviene también, de algún modo, la naturaleza de nuestro Continente, no de manera determinante, como equivocadamente pensaron los positivistas y otros partidarios del determinismo geográfico, pero sí como medio predisponente y condicionante.

En este punto es preciso recordar dos hechos de mucha importancia. Primero, que el Barroco nacido de ese trimesitizaje proviene de raíces que, o eran ya barrocas plenamente, como la indígena y la africana, o tenían, como la española, una ancestral vocación barroca que, si bien todavía no había hecho eclosión en el Barroco español del siglo XVII, sí es evidente que contenía en latencia elementos prefigurativos de éste. Basta recordar los grandes hitos de la literatura prebarroca española, como el Arcipreste de Hita, tan medieval y al mismo tiempo tan moderno, o *La Celestina*, con su enorme impulsión desinhibidora, para comprender lo que aquí queremos decir. El segundo hecho que debemos recordar es que en América la naturaleza posee un carácter y una presencia también muy peculiares, que, sin necesidad de hacer concesiones a aquellas teorías deterministas de fines del siglo XIX y comienzos del XX, nadie puede desconocer como factor que de alguna manera influye en la conformación de nuestro espíritu mestizo, y por tanto de la cultura que nos sirve de expresión.

Sobre lo primero es imprescindible volver a Alejo Carpentier:

Nuestro arte siempre fue barroco: desde la espléndida escultura precolombina y el de los códices, hasta la mejor novelística actual de América, pasando por las catedrales y monasterios coloniales de nuestro continente. (...) No temamos, pues, al barroquismo en el estilo, en la visión de los contextos, en la visión de la figura humana enlazada por las enredaderas del verbo y de lo tónico, metida en el increíble concierto angélico de cierta capilla (blanco, oro, vegetación, revesados, contrapuntos inauditos, derrota de lo pitagórico) que puede verse en Puebla de México, o de un desconcertante, enigmático árbol de la vida, florecido de imágenes y de símbolos, en Oaxaca. No temamos al barroquismo, arte nuestro, nacido de árboles, de leños, de retablos y altares de tallas decadentes y retratos caligráficos y hasta neoclasicismos tardíos...<sup>11</sup>

En cuanto a lo segundo, hay que observar a su vez que el Barroco es el único estilo o corriente estética que tiene su expresión no sólo en la cultura, sino también en la naturaleza. No se puede hablar de una naturaleza clásica o romántica, pues la representación clásica o romántica de un paisaje, por ejemplo, en la pintura o en la literatura, es obra del artista que pintó o describió ese paisaje, condicionado por su peculiar estado anímico, y no expresión propia del paisaje mismo, porque éste sea *per se* clásico o romántico. Pero sí podemos hablar de un *barroco natural*, o de una *naturaleza barroca*, como evidentemente la hallamos con frecuencia en nuestro Continente, que es, por lo demás, compendio de todas las concreciones geográficas del planeta. Aquí hallamos, en efecto, en estrecha vecindad, las enormes montañas andinas, las llanuras infinitas, la selva intrincada, el litoral marino o lacustre, las marismas, el desierto... Una naturaleza cuya característica más definitoria es la desmesura y su capacidad de provocar el asombro en los seres humanos — rasgos inequívocamente barrocos —, aun en los menos predispuestos para ello. Otras veces hemos citado al respecto el testimonio del barón de Humboldt, que por su condición de científico y naturalista debió ser poco propenso al asombro. En una carta, dirigida desde Cumaná, a su amigo el barón de Forell, Humboldt le dice: «Qué país, Dios mío, posee el Rey Católico, qué porte majestuoso en las plantas, qué aves, qué cimas cubiertas de nieve...»<sup>12</sup>. Y en otra carta de esos mismos días para su hermano Guillermo, Humboldt testimonia igual asombro en su compañero Bonpland, también avezado científico: «Bonplandt» — dice — «asegura que perderá la cabeza si no cesan pronto las maravillas»<sup>13</sup>.

Y en cuanto a cómo ese paisaje, cualquiera de ellos, se plasma estéticamente en el barroquismo plástico o literario hispanoamericano, hay un episodio en la novela *Terra nostra*, de Carlos Fuentes, de meridiana elocuencia. Recordemos, de paso, que en el ámbito literario *Terra nostra* es, en sí misma, uno de los mayores monumentos de nuestro Barroco, y en ella Fuentes define muy bien esa relación entre la naturaleza americana y el arte que aquí producimos. Es una escena en que un personaje se halla refugiado, para pasar la noche, en un templo-pirámide indígena:

El mensajero está recostado sobre un petate, a la sombra. Bebe con dificultad del guaje que le ofreces. Dice que anoche pasó por El Tajín y aprovechó para hacer un recuento de las armas escondidas dentro de la pirámide, como le encargaste que lo hiciera. Una tormenta eléctrica lo sorprendió allí y decidió pasar la noche protegido por los aleros del templo totonaca. *De por sí es difícil hacer la distinción entre la vegetación lujosa y el lujo labrado de la fachada. Las sombras de la selva y las sombras de la piedra integran allí una arquitectura inseparable* (Bastardillas nuestras: AMR)<sup>14</sup>.

## VI

Dentro de este amplio panorama de la *cultura mestiza* de Hispanoamérica, que aquí apenas hemos esbozado a grandes brochazos, Venezuela no ha sido la excepción. No tuvimos, desgraciadamente, una cultura precolombina de grandes y espléndidas dimensiones, y por ello en nuestras expresiones culturales de hoy la huella indígena es menos notoria que, por ejemplo, en México, Guatemala o el Perú. Pero de todos modos esa huella está presente en muy diversas manifestaciones. En el lenguaje, pongamos por caso, son numerosos los vocablos de origen indígena que se usan comúnmente en nuestro país. Desde el suntuoso *aguacate* y el ardoroso *ají*, hasta el vistoso *apamate* y el espectacular *araguaney*. Desde el barbudo *araguato*, hasta la jacarandosa *guacharaca* de mañaneras algarabías. Desde la irremplazable *arepa*, hasta la imprescindible *hallaca*. Desde la *hamaca* placentera hasta el útilísimo *guaral*. Y muchísimas más: *maraca, mapanare, loro, jojoto, huaracán, iguana, jaiba, jaguar, onoto, ocumo, sebucán, tabaco, zamuro, Baruta, anauco, mapire, macuto, Tocuyo, marusa, lapa, chirulí*, etc.

También en relación con el lenguaje parece evidente, aunque difícil de precisar con exactitud, que los acentos regionales con que hablamos el castellano en Venezuela han sido marcados por influencia de las lenguas y dialectos indígenas que se hablaban, antes del Descubrimiento, en los Andes, los llanos, la región del Lago de Maracaibo, el centro o el oriente. Y así mismo aspectos muy significativos del habla costeña derivan de las lenguas y dialectos africanos. De modo, pues, que nuestra lengua, el castellano que hablamos en Venezuela, es esencialmente mestizo.

Y, como es lógico suponer, *lengua mestiza* significa *literatura mestiza*. En nuestro caso no siempre fue así. Durante mucho tiempo hubo una dicotomía entre la *lengua común* y la *lengua literaria*. Durante el siglo XIX y a comienzos del XX, casi sin excepción nuestros escritores se esforzaron por escribir siempre un español castizo, aunque hablasen ellos mismos el castellano nuestro, con un léxico muy penetrado de indigenismos y un acento regional muy marcado — maracucho, andino, llanero, central u oriental —. Vimos así campesinos venezolanos y demás personajes populares, de muy escaso nivel cultural y hasta analfabetos, hablando, en los escenarios de los cuentos y las

novelas, ni siquiera como un palurdo andaluz, extremeño o canario, sino como un intelectual de Madrid o Salamanca. El léxico y la sintaxis de nuestros primeros narradores eran literalmente copiados de los escritores peninsulares, y de ello derivaba una desasosegante impresión de inautenticidad y de impostura, aun cuando los temas pudiesen ser nuestros. Algo parecido ocurrió con los poetas y la poesía, plasmada en versos muy bien medidos y rimados, pero férreamente atados a los cánones métricos y estéticos de la poesía española, ya, por cierto, en una época en que ésta se percibía marcada por signos inequívocos de decadencia. Quizás el aporte más valioso de la narrativa *criollista* y del *nativismo* poético venezolanos estuvo en romper los moldes hispánicos, y poner a nuestros poetas y narradores a escribir *en venezolano*, y a sus personajes de novelas y cuentos a hablar como criollos. Sin que esto último signifique necesariamente una glorificación de lo regional y lo local, en detrimento de la universalidad.

Hoy ya se ha superado totalmente aquel rezago de dependencia, y nuestra literatura, en general, maneja un lenguaje propio, de evidente filiación castellana, pero de raíces y aliento netamente venezolanos, a partir de los cuales busca también la universalidad. Lenguaje *mestizo*, por tanto, como todo lo venezolano.

Lo mismo puede decirse de las demás expresiones culturales. La música y la danza, por ejemplo, tanto en sus manifestaciones populares como en las de carácter académico, por decirlo de alguna manera, muestran las huellas inconfundibles del *mestizaje*. En nuestros *joropos*, *golpes* y *merengues* los especialistas han visto rasgos provenientes de la música y la danza andaluzas y africanas. Y ni siquiera hay que ser especialistas para descubrir los elementos autóctonos, entrecruzados con los universales, en obras como la *Cantata Criolla*, de Antonio Estévez o la *Suite Margariteña*, de Inocente Carreño.

En las artes plásticas ocurre otro tanto. Reverón es una muestra preciosa de cómo se mestizan en el lienzo las técnicas provenientes de una rigurosa formación académica, de escuela europea, y la eclosión de luz del trópico caribeño. Y no podría concebirse el *cinetismo* de Soto y de Cruz Diez, donde la creación estética se fundamenta primordialmente en la vibración de la luz y la vivacidad del color, o el arte múltiple de Alejandro Otero, en pintores que hubiesen nacido y se hubiesen formado lejos del sol, la luz y el color de nuestros paisajes, integrados como elementos temáticos y técnicos a la formación académica más exigente.

En la cultura gastronómica hallamos lo mismo. El evidente barroquismo de la hallaca deriva sin duda del mestizaje de sus ingredientes, en que se entrecruzan, por ejemplo, el muy indígena y caribeño maíz, con la muy clasicista aceituna, de antiquísima tradición mediterránea.

Y en el ámbito de lo religioso, ¿qué rito puede ser más mestizo y sincrético que el de los *Diablos Danzantes de Yare*, con que se celebra el día de *Corpus Christi*, o el complejo culto, entre cristiano y pagano, de *María Lionza*, en el cual se sincretizan lo católico, lo indígena y lo africano?

## VII

No hay duda, pues, de que la *cultura venezolana*, como parcela de la *cultura hispanoamericana*, es plenamente *mestiza*. Ahora bien, ¿qué valor y significado podemos atribuir a este carácter *mestizo* de nuestra cultura, de la hispanoamericana y, dentro de ella, de la venezolana, en las postrimerías de un siglo y a las puertas de otro, que son, además, la antesala de un nuevo milenio? No hay duda de que este fin de siglo y de milenio ha estado signado por una serie de acontecimientos de enorme trascendencia histórica. La desaparición de lo que se ha llamado el *socialismo real*, emblemáticamente representada en el derribamiento del muro de Berlín, ha sido visto como el adelantamiento material del fin del siglo, marcado de ese modo por la destrucción, no sabemos por cuanto tiempo, del equilibrio político mundial que se basaba en la bipolaridad de los sistemas capitalista y socialista, convivientes en el mundo durante casi tres cuartos de siglo. De hecho, ya estamos en el siglo XXI.

Una de las consecuencias, entre muchas más, de estos sucesos políticos de los últimos años ha sido que ciertos vocablos y ciertos conceptos han dejado de tener sentido, al menos en cuanto a las connotaciones que de ellos había generado la llamada *guerra fría* entre los dos sistemas imperantes. Uno de esos conceptos, que ahora lucen obsoletos y semánticamente vacíos, es el de *mundo occidental*, pero no visto como una referencia geográfica puramente, sino más bien primordialmente como una *referencia ideológica y geopolítica*. Más allá del valor denotativo del vocablo *occidental*, la *guerra fría* fue dando *contenido ideológico* al concepto de *mundo occidental*, no para oponerlo, en términos geográficos o cartográficos, a un correlativo *mundo oriental*, sino como un eufemismo, que permitía referirse de ese modo, sin nombrarlo, al *sistema capitalista*, artimaña explicable por lo desprestigiado del capitalismo, en oposición al *sistema socialista*, que, por cuanto aún gozaba de un apreciable grado de prestigio como *utopía concreta* y supuestamente realizable, no convenía llamar por su nombre. De ese modo se daba el contrasentido de que Japón, Formosa, Corea y Vietnam del Sur, Filipinas y otros países geográficamente situados en la zona oriental del mapamundi — demarcación de todos modos convencional y relativa —, se situaban dentro de la idea de un supuesto *mundo occidental*, mientras países como los llamados de la *Europa del Este*, y la propia Cuba, formarían parte del «otro» mundo, al que no siempre se llamaba «oriental», quizás por lo violento que resultaba atribuirle tal denominación, que a pesar de todo aún conservaba al menos un resabio de su denotación geográfico-cartográfica, a países tan cercanos a nosotros no sólo en lo físico, sino también en lo espiritual.

Pero al concepto de *mundo occidental* siempre estuvo muy unida la idea de una *cultura occidental*, a la cual, además, solía añadirse el calificativo de *cristiana*. Aunque no tanto como se hizo con la idea de *mundo occidental*, el concepto de *cultura occidental* también sufrió, dentro de la *guerra fría*, una

grotesca deformación semántica, al insuflarle un contenido ideológico y político que lo desvirtuaba y envilecía. Uno de las secuelas de la Segunda Guerra Mundial fue la aplicación, de neto corte imperialista, de un programa de *occidentalización* de algunos países asiáticos que, por el azar de la guerra, habían caído bajo la influencia y aun la plena dominación de los Estados Unidos. Tal el caso del Japón, cuyo grado de «occidentalización» cultural no es hoy mayor, porque las reservas culturales propias de su pueblo pudieron neutralizar en gran medida el esfuerzo estadounidense por incorporarlos a la llamada «cultura occidental». Más exitoso fue el plan en Filipinas, donde ya un propósito semejante se venía cumpliendo desde fines del siglo pasado, cuando España perdió ese territorio colonial, junto con Cuba y Puerto Rico, como consecuencia de su derrota en la guerra hispano-estadounidense. En Filipinas el mayor éxito del plan puede medirse por el hecho de que se logró aniquilar de hecho el castellano como lengua común, sustituido por el inglés, aunque formalmente se le haya dado una aparente vigencia a lenguas autóctonas, como el tagalo, formalmente considerado como uno de los idiomas oficiales, junto con el inglés.

Dentro de esta misma política, Estados Unidos comenzó a ejercer, a raíz de su triunfo en la Segunda Guerra, una influencia más directa que antes en otros países asiáticos, como la India, Corea y Viet-nam del Norte y Formosa, en algunos de los cuales, ya desde antes de la guerra, potencias imperiales europeas, como Inglaterra y Francia, habían iniciado también un tendencioso plan de «occidentalización».

Estos intentos de «occidentalización» persiguen en el fondo una uniformación cultural de la humanidad, bajo los cánones y parámetros de la llamada «cultura occidental», que no es sino una manera eufemística de referirse al *sistema capitalista*. Y ello obedece a un claro propósito de dominación universal, que si bien perdió una de sus bases de sustentación al romperse el equilibrio bipolar, y cesar la consecuencia inmediata de éste, que era la *guerra fría*, ahora se fundamenta en el renovado propósito de los Estados Unidos de convertirse en el *gendarme internacional*, para la salvaguarda del *capitalismo*. Función ésta en la que el gobierno estadounidense cuenta con el auxilio de un aliado excepcional, la *Organización de las Naciones Unidas*, cuya inexplicable sumisión a los designios imperialistas de Washington son el signo más trágico de lo que se ha querido presentar como un *nuevo orden internacional*.

No obstante el giro que han tomado los acontecimientos mundiales en el sentido expuesto, ante la América hispana se abre una oportunidad inmejorable para reclamar e imponer lo que podríamos llamar su *autonomía cultural*, y reivindicar el carácter *mestizo* de su cultura, no identificable plenamente con la *cultura occidental*, pero tampoco con ninguna de las *culturas orientales*, sino mas bien a caballo entre ellas. En lo que queda de este siglo, y sobre todo en el próximo, una tarea primordial de los intelectuales hispanoamericanos, y entre ellos, por supuesto, los venezolanos, será la de propulsar la

«desoccidentalización» de nuestra cultura, reafirmando su carácter *mestizo*, en cuya mezcla entran por igual raíces *occidentales* y raíces *orientales*. Sólo así nuestras diversas expresiones culturales podrán desarrollar al máximo sus potencialidades, sin las trabas y desviaciones que derivan de la «occidentalización» forzosa a que hemos estado sometidos desde el momento auroral de nuestra existencia, y con una fisonomía propia, que responda plenamente a aquellas palabras de Simón Bolívar en la «Carta de Jamaica»: «...somos un pequeño género humano».

### NOTAS

- 1 **Simón Rodríguez:** *Sociedades Americanas en 1828*. En: *Obras Completas*. Tomo I. Universidad «Simón Rodríguez». Caracas, 1975; p. 320.
- 2 Tampoco venían mujeres en el *tercer viaje*, en que se descubrió a Venezuela, y por primera vez pisaron tierra firme Colón y sus acompañantes. Pero se sabe que en ese viaje venían dos homosexuales, de nacionalidad italiana, que, por cierto, al ser descubiertos fueron quemados, suplicio con que se acostumbraba castigar el delito de sodomía.
- 3 **Cristóbal Colón:** «El Tercer Viaje. Carta del Almirante a los Reyes Católicos». En: **Joaquín Gabaldón Márquez:** *Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela*. Biblioteca Popular Venezolana. Ministerio de Educación Nacional. Caracas, 1948; p. 24.
- 4 Según Lisandro Alvarado, el nombre de la Península de *Paria* es contracción de la voz indígena *Uriaparia*, «nombre que primitivamente daban los indios al Bajo Orinoco». Y este *Uriaparia*, a su vez, según el padre Caulín, cit. por Alvarado, era el nombre de un cacique que habitó en las bocas del Orinoco. **Lisandro Alvarado:** *Glosario de voces indígenas de Venezuela*. En: *Obras Completas*. Vol. I. Ministerio de Educación. Caracas, 1953; pp. 394 y 399.
- 5 **Cristóbal Colón:** ob, cit. p. 26.
- 6 *Ibidem*; p. 33.
- 7 **Simón Bolívar:** «Carta de Jamaica». En **Simón Bolívar:** *Doctrina del Libertador*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1976; p. 62.
- 8 **Simón Bolívar:** «Discurso de Angostura». En **Simón Bolívar:** *Doctrina del Libertador*. Ob. cit. p. 110.
- 9 **Octavio Paz:** *Puertas al campo*. Seix Barral. Barcelona, 1972; p. 15.
- 10 **Alejo Carpentier:** «Problemática de la actual novela latinoamericana». En: *Tientos y diferencias*. ARCA, Montevideo, 1967; p. 41.

11 Ibidem; pp. 41-42.

12 **Alejandro de Humboldt**: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Tomo I. Trad de Lisandro Alvarado. Ministerio de Educación. Caracas, 1956; (2<sup>a</sup>ed.); p. 375.

13 Ibidem; p. 373.

14 **Carlos Fuentes**: *Terra Nostra*. Seix Barral. Barcelona, 1975; p. 733.